

LA NOVELA ROJA

EL HOTEL DEL HAMBRE



Nº 5 POR M. DE CASTRO TIEDRA 20^{cts}

EL HOTEL DEL HAMBRE

TRES HISTORIAS EN UNA

—
POR

M. DE CASTRO TIEDRA

—
Portada de **Enrique Ochoa**



009657

Talleres Gráficos Modernos.-JOSÉ SOLÁ GUARDIOLA
Séneca, 11.-Teléfono 2450 G.-Barcelona



EL HOTEL DEL HAMBRE

TRES HISTORIAS EN UNA

I

Permítanme ustedes que le llame Fernández. Por lo que luego les voy a referir, no me está permitido recordarle en esta historia con su verdadero nombre. Además de que sería inhumano y cruel, se lo prometí bajo palabra de honor y, soy un caballero. Fernández, es de mediana estatura, grueso, con la barba hirsuta, el pelo crespo; va mal vestido, y la necesidad le obliga a aceptar un jornal. Es un bohemio y un filósofo. Conoce a Spencer, lee a Lavedan, se entusiasma con Amicis, estudia a Kant, venera a Schopenhauer y se descubre con respeto al hablar de los clásicos. Se sabe de memoria a Horacio, Platon y Demostenes, baraja a Sofocles con Bourget y D'Anunzio y hay muchos días que no come.

La otra tarde vino a buscarme y me dijo:

—¿Tienes qué hacer?

—Nada.

—¿Quiéres estudiar un rato tú que eres observador?

—¿Dónde?

—En mi casa.

—Pues andando.

Y cogidos del brazo salimos en una tarde lluviosa y desapacible del pasado Febrero. Mi amigo iba a cuerpo y caminaba despacio como si el agua y el frío fuesen incapaces de causarle sensación. Ya en las afueras de Madrid y cuando le pregunté por vigésima vez, dónde estaba aquello, me contestó extendiendo el brazo.—Allí.

Ante mi vista se presentó un magnífico edificio ais-

lado, con su gran jardín rodeado de alta verja y todas las apariencias de vivienda de gentes ricas.

—¿Habitas tú aquí?

—Sí.

—Has heredado entonces, porque eso es un hotel...

—En efecto, es un hotel... El hotel del hambre.

Me extrañó la respuesta y seguí cogido a él sin volver a despegar los labios.

Nos aproximamos a la verja, atravesamos el jardín y después de cruzar un estrecho pasillo que hacía veces de zaguán, nos encontramos en un patio con varias galerías llenas de puertas sobre cada una de las cuales había un número. De lado a lado y en todos los pisos, en una porción de cuerdas se veía puesta a secar, gran cantidad de ropa llena de girones o remiendos, amarillenta por el uso y muestra patente de la miseria de los habitantes de aquella casa. En los corredores en unas cuantas jaulas viejas, pitorreaban algunos jilgueros y entre pedazos de cántaros, cazuelas desportilladas y otros cacharros inservibles, brotaban plantas raquíticas por falta de sol y de aire.

Por las sucias losas del patio se arrastraban cuatro o seis chiquillos harapientos y desgrefiados mostrando desnudeces llenas de roña y a cuyos gritos y lloros hacían coro las canciones armónicas de algunas mujeres despeinadas que quitaban las ropas de las cuerdas o fregaban en los corredores superiores; el monótono golpe del martillo de un zapatero que machacaba suela sobre una piedra, y los juramentos de los pocos hombres que había en la casa a aquellas horas.

Fernández y yo subimos por una estrecha escalera hasta el piso cuarto deteniéndonos ante una puerta sobre la que se veía medio tres, pues la otra mitad había caído con un pedazo del yeso de la pared. Abrió Fernández y penetramos en una estancia que no recibía más luz que la que entraba por la puerta y cuyos tabiques estaban llenos de rayas y letreros. Una mesa de pino, dos sillas y un baul viejo, era todo el ajuar de aquella habitación. En la alcoba contigua había una cama de hierro y un tres pies del mismo metal que sostenía una jofaina. Una toalla colgada de un clavo en el muro y unos cuantos libros tirados en el suelo a la cabecera de la cama, llenaban aquel estrecho zaguizami.

Fernández me hizo los honores de su casa y se dispuso a satisfacer mi curiosidad cuando le interrogué acer-

ca del objeto de nuestra visita a el hotel del hambre, como él llamaba.

—Entre los inquilinos de este miserable «hotel»—me dijo—hay tres que tal vez te seamos útiles. Tres personajes de novela, interesantes, que puedes aprovechar. Te ruego que ocultes nuestros verdaderos nombres. No sería piadoso exponernos con ellos a la vergüenza pública y no creo tampoco que te sea necesario.

Uno es un sacerdote a quien han retirado las licencias, a la vejez, cuando ya no tiene elementos de vida y que solamente cuenta con una peseta diaria que le dan unos parientes. De él te contaré un episodio interesante de su vida, del comienzo de su vida, completamente de novela. Te lo referiré tal como él me lo refirió. Otro personaje es, doña Carmen, desgraciada porque es mujer, pobre, enferma, desamparada y con un hijo de nueve años. Y el último de los tres personajes, yo. De mí te contaré también cosas que no sabes: un pasaje de mi existencia tan de novela como el del sacerdote. Empecemos por lo que éste un día me contó.

II

C. D. F. S. - A. E. P.
Barcelona

—Tenía yo entonces diecisiete años—empezó diciéndome una tarde el cura, sentados los dos, él en la silla en que lo estás tú, y yo en la que ocupo.—Y aunque de cuerpecillo ruín, era mi naturaleza tan robusta y volcánica como absurda e inconcebible mi candor.

Metiéronme en un seminario muy niño aún, diciéndome:

—Viste estas ropas para que estés guapito.

Y yo, por estar guapito, poníame sotana y bonete con verdadera fruición.

—Estudia latín para que seas sabio.

Y yo, dócil como un ángel, prendíame el latín en el cerebro con los alfileres de la memoria.

—Lee esto, aprende lo otro y practica lo de más allá para que Dios te perdone y te quiera y te premie.

Y yo, figurándome a Dios con una gran garrota que

dejaba caer sobre los mortales, porque así se divertía, encogíame de hombros agachando la cabeza, y era bueno, mu bueno, para ver si mi bondad desviaba el garrote.

Cuando mis diez y siete abriles comenzaron a hacerme cucamonas en la sangre, principié a sentir bruscas alteraciones en mi naturaleza, que diéronme mucho en que pensar, pues no comprendía mi ignorancia que cuanto más robusta es la constitución del adolescente y más tardó el desmerezo, es más brutal el alboroto.

Acudieronme dudas y sobresaltos. No tenía a quien pedir explicaciones, pues mi comunicación con los otros seminaristas era nula porque con ninguno tenía verdadera amistad. Como para santo me criaban, aisláronme de modo que mi mundo era la celda, mi recreo la clase, mi sociedad los profesores y mi distracción los libros.

Mi perplejidad crecía, no sabiendo cómo poner término al bárbaro motín, a la abierta insurrección de nervios y de músculos que introducían hondas complicaciones en mis plácidas ideas y en mis pensamientos infantiles.

Pero, cosa rara: ni un solo instante me ocurrió consultar con los reverendos sobre lo que me sucedía y sobre los recursos disponibles y adecuados para el alivio de lo que al pronto creí una enfermedad súbita e insólita. Al revés: el instinto, ese gran maestro de gratuitas y concienzudas enseñanzas, díjome con su voz persuasiva: «No publiques lo que te ocurre, ocúltalo».

Como el funámbulo avanza por la maroma sirviéndose del balancín, mi pobre inteligencia comenzó a caminar por el tenue alambre de las deducciones, sirviéndose del instinto, y en su marcha difícil fué llevándose de deducción en deducción al horrible caos de la duda.

Recordando que de continuo me decían: «Sé bueno para que Dios te perdone», di en discurrir qué era lo que Dios tenía que perdonar a un pobre niño que nada malo había hecho; y no atreviéndome a preguntar a mis profesores, di en leer, meditándolos, los libros de la religión, los libros de la virtud, los libros de la santa doctrina, y en ellos aprendí que es forzoso que el género humano expie el pecado original.

Desde entonces no tuve más que una idea, un deseo, dominándome en absoluto el ansia de saber, descubriéndolo por mí mismo, qué era el pecado original, pareciéndome que en sabiéndolo saldría de todas mis dudas.

Las precauciones para prolongar mi inocente ignorancia o, mejor aun, mi ignorante inocencia, habían sido

inútiles. El vidrio del fanal en que me guardaron se empañaba. La impureza de la carne mordió en la mía merced a la dulzura de instintivos placeres; la impureza del pensamiento mordió en el mío merced a las enseñanzas de los libros santos.

Mis exámenes de aquel curso fueron la admiración de todos, y mi tío el arzobispo de...—mi vecino no quiso decirme la diócesis—quiso tenerme junto a sí durante el verano.

Yo estaba muy contento en el palacio arzobispal, que tenía un jardín hermoso, con fuentes de piedra, profusión de flores, grutas de roca y laberintos de follaje. Allá, en una plazoletilla muy apartada, descubrí un rinconcito al que me aboné para mis meditaciones y mis lecturas. Era una plazoletilla cerrada por muros de boj y sin más acceso que una calle de tilos. En mitad de ella un ángel de bronce estrangulaba entre sus brazos a un pez, también de bronce, que retorciéndose en su agonía dejaba escapar por la boca un cordón de agua, cordón que a cierta altura deshilachábase en forma de canastillo, para caer luego en múltiples y menudas gotas a un pilón de mármol, donde marchaban de un lado a otro, para distraer su horrible aburrimiento, los peces de colores.

Parecíame impropia la distracción del ángel y un si es no es canallesca su cara mofetuda; pero como yo no era crítico ni me importaba un rábano la obra del artífice, elegí aquel lugar para mis oraciones, mis recreos y mis estudios.

El jardín era un paraíso, pero en todo jardín hay jardinero y en todo paraíso hay serpiente. En aquella ocasión la serpiente era la hija del jardinero.

Más joven que yo y mucho más desarrollada, entreteníase gustosa en corretear conmigo, dándome lecciones en la carrera, el salto y escalamiento de árboles, pues sin duda cuando nació introdujose equivocadamente en su cuerpo de hembra un alma de macho.

Era robusta, de formas abultadas, carnes durísimas, color sanote, piel áspera y gorda, fealdad horrible, manazas semejantes a pies y pies parecidos a pezuñas.

Siempre andaba buscándome por el jardín, siempre diciéndome:

—Corre, corre... ¡¡a que te pilló!...

Y yo corría, y ella, desgrefiada, sudorosa, jadeante, colgándole el bello, dilatadísima la nariz, y los ojos como carbunclos, corría siguiéndome, echándome la zarpa

y, haciéndome vacilar con su terrible manotazo, dejábase caer, arrastrándome en su caída. Entonces, entre carcajadas casi histéricas que hacían saltar dentro de la cámara descomunales redondeces, contra aquellas redondeces me oprimía, diciéndome:

—¿Lo ves?... ¡Te cogí!... ¡No, no te escaparás!...

Y seguíame apretando como bestiezueta en celo que no quiere que la ocasión se le malogre.

Aquel continuo rodar por el césped, aquellos revolcones diarios entre el follaje, no despertaron en mí, con pesadumbre de la hembra, más que un sentimiento: el horror a la moza.

Ni cuando rodaba conmigo sobre la hierba en confuso montón de carne, ni cuando sus dedos toscos recorrían la fila de botones de mi sotana para ver si en la lucha habíase desprendido alguno, ni cuando con su aliento abrasador abofeteaba mis mejillas, nunca pude vencer el asco. Y es que no hay nada tan repulsivo como mozueta de fealdad repugnante, mal oliente y sucia, alumbrando el ayuntamiento de su imperfección física y su imperfección moral con las fosforescencias del deseo, que son en tales seres, fosforescencias de podredumbre.

Las rudas acometidas de la rapaza no eran para mí un excitante sino un lenitivo bienhechor; algo así como el acíbar que corta de un golpe en la tierna criatura el dulce hábito de su lactancia. Tal vez por eso no me opuse jamás al bárbaro jolgorio; tal vez por eso le busqué, como se busca aunque repugne, la pócima de horrible sabor que amengua las bascas del estómago, dándole paz y quietud.

Pero retirado nuevamente, después de tomar la hedionda medicina, a la plazoleta donde el ángel estrangulaba al pez, volvíanme de súbito mis ansias y mis dudas.

¡Si la Eva de aquel jardín hubiese sido otra, qué pronto hubiérase descornado el velo de mi ignorancia!... ¡Qué pronto hubiérame tranquilizado al leer en el gran libro de la experiencia, la definición clarísima del pecado original!

III

—El bueno de mi tío—siguió diciéndome el sacerdote—manifestóme, después de la comida, que era gustoso de que se celebrase mi triunfo estudiantil juntamente con mi cumpleaños, pues de allí a tres días rematábanse los diez y siete de mi nacimiento. Me avisó de cómo, para tan grande fiesta, era su deseo que mi madre, viuda desde mi infancia, mi hermano, teniente de infantería, y una huérfana andaluza que al amparo de mi tío consolábase de su orfandad con la compañía y amor de mi madre, asistiesen todos tres a un banquetillo que satisficiera más el amor que todos teníamos, que la gula que ninguno debíamos sentir.

Apercibióme para que no me mostrase, como solía, taciturno y tétrico, sino dulce y cariñoso, sin que la comunicación llegase a desenvoltura, ni la continencia a rigidez. Hízome observaciones sobre el justo medio en que consiste la virtud, que no ha de ser arisca como moza zahareña, ni fácil como esas otras que llaman del partido y del gusto.

—¿Quiénes son éstas?—pregunté al venerable.

—Son—me dijo con dulce sonrisa,—las que del pecado original sacan el adorno con que se aderezan, el pan con que se mantienen, el gusto con que se solazan, y el infierno con que a sí propias se castigan.

Aquello del pecado original dióme en los oídos, entoneciéndome de modo que así me enteré yo del resto de la plática como por los cerros de Ubeda. Sólo oí que al final me decía:

—En resumen: apercibe besos para la madre, abrazos para el hermano, y cortesía—modesta sin frialdad y afectuosa sin solicitud—para la pobre huérfana a quien aun no has visto, y que alivia a tu madre de la soledad en que la tienen el seminario y el cuartel. Ya están las cartas escritas; el lunes llegarán todos en el tren de la mañana para partir en el de la noche.

Dióme su bendición como tenía por costumbre después de comer y entróse en su alcoba para gozar de la siesta

apacible mientras que yo, procurando no ser visto de la mozuela del jardinero, bajé al jardín acogiéndome a mi rincón: la sosegada plazoletilla del ángel con cara de pícaro, o pícaro con alas de ángel.

Allá me estuve buen espacio de tiempo a solas con mis meditaciones, solazándome con la esperanza de besar a mi madre después de quince meses de ausencia, de abrazar a mi hermano a quien no había visto desde que ingresó en Toledo como cadete, y de conocer a la andaluza que hacía ya un año que habitaba con mi madre, hallando en ella la que al nacer había perdido, y dándole a su vez la hija que mi pobre madre no tuvo.

¡Qué deseos me entraron de conocerla pronto!... ¡Qué dudas de si correría o no conmigo para rodar sobre el césped como la otra!... ¡Qué inquietudes inexplicables en que luchaban deseos y angustias, produciéndome ya gozo, ya temores!

Por otra parte, aquellas mozas del gusto, de que había hablado mi tío, escarabajeaban mi mente, y recordando que las tales, según él decía, transformaban el pecado original ya en placeres, ya en dijes, ya en sustento, pensé: «¡Grande cosa será entonces el pecado original cuando tantísimo da de sí!»

Ocurriéndome de súbito que quizá lo supiera la hija del jardinero, resolví marchar en su busca.

No me fué difícil dar con el monstruo, pues de continuo estaba al acecho con la astuta y perseverante cachaza del gato que hace centinela junto al escondite del ratón, o que fingiendo dormir espía al pajarillo para lanzarse sobre él, rápida, traidora y despiadadamente.

—¡Hola!—aulló, relamiéndose como pudiera aullar y relamerse hambriento lobo que hallase junto a sí a oveja descarriada del rebaño.

—¡Hola!—contesté admirándome más que nunca de su repulsiva fealdad; y diciendo para mi capote: «No quiero saber nada si maestra tan horrible ha de enseñármelo.» añadí un adiós de los secos y desabridos, que la dejó inmóvil viendo como yo me alejaba. Desde la puerta del palacio me volví, la miré, y allá seguía diciéndome con los ojos: «¡Imbécil!»

El Tiempo, que marcha siempre con su paso monótono sin dársele un ardite de nuestras impaciencias por su lentitud ni de nuestros temores por su precipitación, siguió, como de costumbre, derramando en el ánfora de la existencia del hombre, una por una, las gotas de su caudal que llamamos minutos; gotas que caen lentamente

y, por lo menudísimas que son, parécenos que al caer en el ánfora nada suponen, hasta que de súbito vemos que, ya llena, derrámase el líquido y se precipita con apresuramiento en el misterioso estanque de la Eternidad que sorbe aguas y aguas cuyo destino se ignora.

Tales eran las filosofías que, amén de las otras que ya dije, acudíanme a la imaginación para divertir mi desvelo por el perezoso examinar del incansable Saturno.

Por fin vino la noche víspera de la mañana en que habían de llegar los huéspedes, y con gran gusto oí dar las órdenes para un refrigerio ni sobrio como colación de cuaresma, ni abundante como gaudemos de cabildo.

¡Noche terrible!... Revolvíame en la cama sin poder dormir; atormentábanme más que nunca los brutales alborotos, y parecíame que llegaban a mí misteriosas emanaciones de frescura desde invisibles lejanías.

Todo llega, incluso la felicidad del que ha nacido para desdichado, pues la muerte, que a nadie olvida, le trae el único goce que hay para quien sufre: dejar de vivir.

Al oír que las fuertes mulas del carruaje de Su Ilustrísima se alejaban al trote marcando con sus cascos el compás de la alegre canción de sus collares, me tiré de la cama, lamentándome de que mi tío se opusiese a que yo bajase a la estación. Después de minuciosas abluciones, la emprendí con el cepillo y la sotana, restregando ésta con aquél hasta mermar las cerdas en el uno y descubrir la urdimbre en la otra. Tal era el furor, tal la locura con que me acometía la pulcritud único adorno que me estaba permitido.

Uno de los familiares del virtuoso mitrado fué nuncio de la buena nueva diciéndome que el coche se acercaba; a invitación de mi tío—invitación arzobispal de ordeno y mando con máscara de merengue—descendimos por la escalera deteniéndonos en la meseta que había entre el pórtico y el primer peldaño; meseta capaz para el acampamiento de un batallón, en la que habían de apearse los que llegaban.

Si yo hubiese sido un muchacho y no un seminarista—especie de aberración envuelta en paños negros y tapada en un bonéte—con cuatro cabriolas hubiérame puesto en la calle; pero las cabriolas sólo se nos permiten dentro de la sotana que ha de encubrirlas, permaneciendo inmóvil.

Entretúveme pues, en la muda contemplación de la gran escalera de recios muros, elevada bóveda y espaciosos peldaños, todo ello de granito. Enormes ventanales abiertos en la parte más alta, permitían que pasase la

luz, pero daban el alto a los rayos del sol, consintiéndolos solamente que jugueteasen en la bóveda, después de teñirse en el rojo, el amarillo y el azul de las vidrieras.

Una barra de hierro gorda como una muñeca de canónigo, adosábase a entreambos muros merced a fuertes anillas que, gracias a espigones largos y agudísimos habían conseguido taladrar la dura entraña, y la piedra, vengando el inconcebible atropello, juntó los labios de las hondas heridas y aprisionó, tal vez para siempre, a los agudos punzones.

Aquella obra huérfana de los atavíos del arte y de los adornos de la fantasía; aquel conjunto sorprendente de la austeridad y de grandeza, parecíame fábrica de titanes y cíclopes.

—¡Válgame Dios!—pensaba—¡cuánto espacio necesita el hombre durante su vida para su ruin cuerpecillo, y qué cárcel tan breve le diste Tú para esconder sus sentimientos, y qué estrechez de estuche para alojar la dilatada ideal!

Mis reflexiones quedáronse interrumpidas como si cristalizasen de pronto al percibir mi oído el agudo tintíneo de los cascabeles.

Llegó el coche y mi hermano saltó sobre las losas, golpeándolas con la contera de su sable, produciendo chasquidos que la bóveda repetía multiplicándolos como si se doliese de que se quebrantara su reposo de sepulcro con los alegres ruidos de la vida.

Y era la vida la que desprendiéndose de las entrañas del carruaje caíame en los brazos... Era la vida con sus arreos de lucha, sus perfumes de juventud, sus caricias de amor y sus exclamaciones de júbilo.

Aquel—¡Hola recluta!—de mi hermano, dicho sin bajar la voz, removió capa por capa escandalizándole, el denso ambiente del enorme sarcófago.

—¡Hola recluta!—repetía con brío, como si dijese:—¡A la bayoneta!—y apretándome entre sus brazos me zaran-deaba con la deliciosa brutalidad del hombre que quiere a los que quiere no sólo con el corazón, sino hasta con los músculos.

—¡Hola recluta!—y mi bonete rodaba por el suelo; los dorados botones de la santa librea de la Patria marcábanse en mis pómulos, cual si quisieran señalarme para ser conocido como desertor, y las negras de mis ropas salpicábanse con el oro de las nobles insignias de su uniforme.

—¡Quítate, déjame!—le decía con impaciencia una voz

más débil, y el pobre recluta pasó de los brazos que ahogan al acariciar, a otros que se ciñen al oprimir.

Entonces cayó en mi rostro, refrescándome el alma, la dulce lluvia de los besos húmedos por el rocío de la felicidad, la inacabable serie de silenciosas caricias y la exploración de facciones hecha con los labios, que vienen a exteriorizar ese afecto sublime que a nosotros hombres no nos es dado sentir ni aún comprender en toda su extensión, y que se llama amor de madre.

Perdóname, Dios mío, perdóname que recibiera impaciente las caricias que Tú me mandabas, pero caricias eran que impidiéndome ver lo que ver quería, espoleábanme el deseo... Además, yo niño aún, sin discurrir por mi propio, la ciencia de la sequía del corazón. Hoy ya sé que cuando una madre besa a su hijo Tú estás en sus labios.

Mi madre—no harta ni rendida sino saliéndose de sí propia, es decir, queriendo poner en las cuencas de los demás sus ojos de madre, y su corazón de madre en el pecho de los presentes,—puso fin a sus benditas expansiones y, cogiéndome de la mano, quiso que todos me admiraran; que reconocieran mi hermosura, mi santidad y mi talento; que me considerasen como una especie de sublime encarnación del espíritu de Jesús en el cuerpo de Apolo... Santa heregía que es tal vez el más grande regocijo de Dios...

En aquel momento la joven andaluza, volviéndome la espalda, hallábase conversando con mi tío, y únicamente pude distinguir la esbeltez del talle, la pureza de la línea y la gracia de la figura. De pronto el amor maternal, desbordado, lanzóse como un torrente entre el pastor y la oveja, y arrastrándome en amoroso torbellino decía:

—Mírale, Julia, mírale para que no ignores cómo son los ángeles del cielo.

Todos los bulbos de mi rapada cabellera entregáronse a inusitada labor que les hizo exhudar algo que, invadiéndome de la frente a la barbilla, calentaba mi piel de tal modo que se puso roja.

Julia se volvió y yo, que tanto afán tenía de verla, clavé los ojos en las anchas losas sin atreverme a levantarlos. No la vi mirarme, pero sentí que me miraba porque algo desconocido vibró dentro de mí de una manera incomprensible.

—Mírala tú—me dijo mi madre imperiosamente, ayudando la acción a la palabra. La miré.

¡Qué fenómenos produce la fantasía en algunas ocasiones!...

La miré; pero no vi una mujer más o menos hermosa; vi millares y millares de geniecillos que, asomándose por entre las juntas del pavimento, trepaban a manera de sabandijas, de sillar en sillar a lo alto de los muros, hasta conseguir agarrarse de los alfeizares de las ventanas y, entonces, convirtiéndose en los titanes y ciclopes constructores de la imponente fábrica, pendía de cada alfeizar, tirando de él, un racimo de membrudos obreros; rasgabáanse los ventanales; olas de luz invadían el inmenso hueco; olas de luz brillante, muy brillante, pero negra, muy negra, y muros, bóveda, individuos, todo desapareció para mí. Sólo veía aquel brillo negro en el que se destacaban dos puntos, aún más negros y relucientes, como soles de azabache que producían aquella luz inverosímil.

Rápida fué la visión, volviendo todo de golpe a ser natural, y así como mi hermano todo fué músculos al abrazarme, así como mi madre toda fué labios al conseguirme, así todo yo fuí ojos al contemplarla. Si los suyos hubiesen sido azules, no sé que impresión me habrían producido; pero tales como eran, de una negrura luminosa, parecían verter en mi sangre un corrosivo insufrible.

Describir a Julia, como describir a toda mujer creada por Dios para que no se extinga en el mundo el concepto de la belleza, es cosa perfectamente inútil. Con las facciones de Julia, si yo las detallase, cada imaginación podría fabricar cientos de rostros perfectísimos y ninguno sería el de Julia. Baste decir que era joven, andaluza, morena y provocativa. Y, sobre todo, baste decir que era hermosa.

Yo la miraba y la miraba, y ella, sonriéndome como sonríe al niño al mismo tiempo que se dice por cumplir que es muy mono, proporcionábame un placer inmenso, verla; un dolor agudo, su desdén; y un espanto indecible, que como a niño me acariciase.

Y temblando de terror ante esta idea, me decía:

—Por todos los santos del cielo ¡que no me acaricie, que no me besé!...

IV

Como Su Ilustrísima había dispuesto que se sirviera el desayuno en el jardín, allá fuimos todos, no en alegre y amistosa confusión, sino con el orden y gravedad que la etiqueta prescribe. El prelado caminaba con la andaluza, precediéndoles mi madre y yo, y escoltándolos el pobre teniente y los familiares que le aburrían con sus ceremoniosas atenciones.

Así llegamos a una glorieta con cinturón de acacias copudas que, extendiendo sus ramas hasta juntar las unas con las otras, parecían gigantes divirtiéndose en jugar al corro.

Suave y fresca brisa movía sus hojas, produciendo tenue susurro. Dirase que se inclinaban de un lado a otro para impedir que entrasen en la glorieta los rayos del sol, obstinados en conseguirlo, y que celebrando con charlas y risas maliciosas la inútil terquedad de los chorros de la luz, hacían del astro rey un obrero sumiso, obligándole a bordar con sombras sùtiles, sobre la menuda arena, encajes primorosos.

Alzàbase en el centro un gran velador de mármol, y junto al borde pavoneàbanse en sus platillos más que medianas jícaras llenas de rubio chocolate, teniendo enfrente un vaso cada una. Parecíanme parejas apercibidas para bailar, parejas de mozas con rizos bermejos y un sólo brazo que se arquease graciosamente del hombro a la cadera, y de mozállones que las contemplasen con estúpida inmovilidad, abriendo la boca de un modo desmesurado en su mudo éxtasis. En el centro del corro enorme canastilla de mimbres se me antojaba tribuna de orquesta con pirámide de músicos disfrazados de higos reventones y frescos, merced a túnicas verdes acuchilladas, para dejar salir la dulcísima miel, y con salpicaduras de aljofar a imitación de las perlas del rocío. Cuatro jarras de leche ergufanse en torno con la gravedad de bastoneros de abultado abdomen que se cubrieran con capuchón blanco. Por último, multitud de más-

caras con disfraz de amarillos bizcochos, morenas tortas y churruscantes buñuelos, apilábanse en los palcos con forma de bandejas que se veían en derredor.

Extravagante fantasía carnavalesca en la que todo estaba a punto para que el bullicio comenzara, aguardando los bailarines la señal de la música. De repente algo que creí la batuta del director esparció reflejos metálicos sobre la canastilla; pero en vez de jolgorio, de baile y de fiesta, hubo espanto, desquiciamiento y matanza. Lo que por batuta tomé, era el cuchillo conque el teniente acometía a los músicos que, arrojándose con terror de la tribuna al mármol, estrellábanse, los unos poniendo pringosa la piedra con el azúcar de su sangre, y rodaban los demás con angustiosos brinco y terrible aturdimiento, para venir o caer en manos crueles.

Como si los titanes de la escalera hubiéranse presentado a modo de camorristas resueltos a convertir el festival en hecatombe, vi manazas y manazas que caían sobre los músicos despojándolos de las verdes túnicas, haciéndoles la autopsia rápidamente, y devorándolos después; manazas y manazas que perseguían a los bastoneros, desgarrándoles el capuchón, para arrojar los jirones de nítida blancura en las abiertas bocas de los mozos estúpidos; manazas y manazas que arremetían con los espectadores de los palcos hundiéndolos en las profundas jicaras de donde los sacaban después chorreando sangre bermeja.

A los quince minutos sólo veíanse cadáveres o, mejor dicho, restos de cadáveres, porque la mutilación fué espantosa como es capaz de producirla el hombre si su estómago le dice:

—Quiero.

Estaba de Dios que aquel día fuese para mí de alucinaciones y de suplicio... Durante el desayuno estuve varias veces tan absorto en la contemplación de la andaluz como los mozallones de cristal en la de sus parejas de porcelana. Mirábame ella de vez en vez, no porque mirarme quisiese, sino porque pasando la vista por todas partes reshalaba sobre mí como sobre un objeto cualquiera; vibraban mis nervios como si los sacudiese la electricidad y, para mayor angustia, parecíame ver la repugnante carota de la jardinera casi pegada al sublime rostro de Julia y haciéndome gestos burlones.

Viendo que la huérfana y el teniente se sentaron juntos, sentí inquietud. Viendo que él le ofrecía tortas y bizcochos, sentí ansiedad. Viendo que ella los aceptaba,

sentí dolor. Y viendo que, a su vez, humedeciendo en su propia jícara no sé que bollo le ofreció a mi hermano, sentí coraje...

Terminó el desayuno; siguióle el rezo de costumbre—Dios me perdona, pero no recé—y mi madre y mi tío subieron al palacio para tratar asuntos de familia. La andaluza y el teniente fuéronse juntos a coger flores entre risas y algazara; retiráronse los familiares, y yo me di a vagar de un lado a otro, viendo por todas partes una mujer hermosa que me miraba indiferente, y una mujer horrible que me hacía muecas.

¿Por qué no me reuní con Julia y mi hermano, ayudándoles en su grata operación?... ¿Por qué no quise participar de su divertimento?... ¿Por qué caminaba escurdiéndome con los arbustos para que no me vieran, y casi de puntillas para que no me oyesen?... ¿Por qué aguzaba el oído para percibir sus risas si sus risas eran mi tormento?... ¿Por qué me empeñaba en mirar por entre el ramaje si me estremecía hasta en la médula al ver tan juntas en el mismo tallo que a la par cortaban, las manos de ella y de él, como si cada uno creyese que la flor elegida habíase producido en los dedos del otro?...

Todas estas preguntas tienen respuesta categórica. Hice lo que hice, «porque sí». «Porque sí» continué atisbándolos; «porque sí» tuve envidia del ramito que ella formó, prendiéndole en su pecho, después de introducir entre dos botones los pedúnculos de las florecillas; «porque sí» se aumentó mi angustia cuando de pronto dejé de verlos y dejé de oírlos.

Extraña inquietud me producían su presencia y sus expansiones familiares, pero más extraña, más dolorosa y más insufrible fué la que sentí no hallándolos en los parterres, recreándose con las flores, ni en los bosquecillos refrescándose en la sombra, ni en los estanques, divirtiéndose con los peces, ni en la huerta, regalándose con la fruta... En ningún lado...

Como pulpo que de pronto se agarra, a la piel del nadador decidido a bebérselo, agarróseme a la mente una idea tenaz que todo el pensamiento me sorbía.

—¿Habrán echado a correr?—preguntábame con angustia.—¿Habrán echado a correr como la jardinera y yo, persiguiéndose para alcanzarse y alcanzándose para rodar juntos por el césped?—Y veía delante de mí, como si delante lo tuviera, un montón de ropas de mujer y prendas de uniforme; montón en que relampagueaban ojos negros y estrellas de oro.

El vértigo clavó en mi cerebro sus garras agudas zarrandeándole y sacudiéndole. La fiebre inflamó mi sangre con su soplo de volcán, y la bestia despertóse en mí con su sed ardorosa de imperiosos deseos.

Sin saber por donde iba, recorrí el paseo de tilos, conduciéndome la costumbre, no la voluntad, a mi silencioso refugio, a mi plazuela del ángel granuja.

Allábase allí implasible el chicuelo con alas estrangulando al pez, mientras en el pilón los peces vivos subían silenciosos a la superficie para lucir el iris de sus escamas, o se hundían rápidos para caer en el fondo sobre la rica presa con alegres coleteos.

Tal vez hubiera recobrado mi tranquilidad en aquel retiro apacible, a no caer mi vista sobre cuatro objetos que se agrupaban en el borde del pilón como gentes que comentasen con sabrosas murmuraciones algún suceso escandaloso.

De pie sobre la arena y recostándose neligentemente en el mármol, se inclinaban hasta juntar puño y pomo, una sombrilla y un sable; encaramados en el pilón, metiéndose entre los interlocutores como si no quisieran perder ni una sílaba, vi un ramo y una teresiana.

Rudo fué el golpe con que toda mi sangre se introdujo de repente en el corazón, haciendo que se dilatara de un modo brutal. Giré la vista en busca de alguien que no vi, y me quedé mirando el angelote, pareciéndome más burlón, más descarado y más sinvergüenza que de costumbre.

Contemplándole seguí mientras no sé qué pensamientos me asaltaron; sólo sé que un invencible impulso me hizo trepar sobre el pilón, y cogiendo la teresiana del teniente se la encasqueté al granuja de bronce, antojándoseme más granuja y picaresco con aquel atavío. Troqué la teresiana por mi bonete y la figura se entristeció, poniéndose lúgubre, antipática, horrible...

Por primera vez comprendí que hay en la vida bellezas, venturas y goces que existen para todos, pero a que no todos tienen derecho. Por primera vez comprendí que en el interior de una sotana ha de haber forzosamente las luchas y derrotas que hay entre el poderoso que exige y el débil que niega.

Más irritado que afligido por mi cruel descubrimiento, cogí con brusquedad el ramo de flores no para que mi olfato se deleitase con el perfume de las corolas, sino para morder con ansia, con delicia, los tenues rabillos.

De pronto llegó hasta mí, ahogado cuchicheo, como

si se mezclaran dos voces apagadísimas, como si revolotearan de hoja en hoja suspiros de placer que comprime el dolor, gemidos de dolor que endulzan el placer...

Con el silencio del gato, la flexibilidad de la víbora y la desvergüenza de la mosca, caminé hasta el arbusto, me deslicé por el ramaje y miré al lado opuesto... ¡Los vi!

Sobre mullido tálamo de césped, yacían Marte y Venus, uno en brazos del otro, curándose solícitos las heridas profundas de las punzantes flechas. Aunque instintivamente figurábame ya lo que entonces veía, al rasgarse la niebla de mis dudas, quedé tan sorprendido como virgen que se entrega al amante, admirándose luego, aunque ya lo esperaba, de verse convertida en mujer.

Mi corazón, siéndole imposible contener por más tiempo toda la sangre que en él introdujo de golpe mi primera sorpresa al penetrar en la plazoletilla, aprovechóse de la segunda para reponerse del bárbaro diástole con enérgico sistole que lanzó el ardiente fluido en las arterias, por las que marchaba a brincos hasta llegar al cerebro, golpeándole con furia.

Entonces, loco, royéndome las entrañas la lumbre del deseo, me lancé a la carrera por el jardín, viendo en los árboles, en los arbustos, en la arena, y en el espacio, aquella Julia que parecía aguardarme inmóvil, y así que me acercaba, disolviase en la luz, condensándose nuevamente un poco más allá.

Con los brazos extendidos para asirla a cada momento, llegué a una encrucijada donde la vi sonreirme; pero entonces no huyó; rodeó mi cuello con sus brazos, mientras los míos enroscábanse a su cintura; juntó su boca con mi boca; bebimos cada uno el aliento del otro y como si este aliento fuese licor que con rapidez embriagase, rodamos juntos sobre un montón de hojas secas, que crugieron al recibirnos, no se si con alegría o con pesadumbre.

Allí, alardeando de todo mi saber adquirido rápidamente, mordiendo mejillas, palpando formas y enloqueciendo de placer, decíale tan sólo:

— ¡Julia!... ¡Julia!... — Pero no con palabras, con gruñidos. Ella, estrujándome contra sí, como si quisiese que todo yo metiérame en su cuerpo, no me contestaba... rugía.

Tras de algunos instantes de embriaguez, me deslicé poco a poco hasta quedar tendido a su lado. Volvióse ella hacia mí, y no harta aún de caricias, continuó las

suyas, hablándome. El sonido de su voz me produjo el efecto de un chorro de agua fría sobre la frente de ténaz dormilón. Abrí los ojos cuanto pude, clavándolos en ella y quedé mudo, estupefacto, al reconocer a la horrible hija del jardinero.

Tornó a dominarme la repugnancia que la infeliz había inspirado siempre; pero ahora no era la repugnancia a tomar el brebaje, si no la repugnancia de haberlo tomado.

Desasiéndome de sus brazos, desatendiéndome de sus quejas, y sin contestar a sus preguntas, la dejé allí donde mi fantasía hizo gozar a mi carne los espejismos de la ilusión, y a la suya los goces de la realidad.

V

El resto de aquel día fué triste para mí, no atreviéndome a mirar a nadie por temor de que me leyesen en los ojos lo que me afanaba por ocultar, entristeciéndome y avergonzándome más que de mi culpa, de mi cómplice.

Fuéronse los huéspedes; concluyóse la cena; me retiré a mi habitación, y al verme a solas, caí vestido sobre el lecho murmurando:

— ¡Dios mío, perdóname!... ¡Qué culpa tiene el hombre de que sea pecado lo ineludible!...

Tal como me la contó, te he referido la anécdota que una tarde me refirió mi vecino, el sacerdote, contándome cosas de su juventud y su vivir... Si ella te sirve para algo, aprovéchala... A él, viejo y achacoso ya, poco ha de importarle, sobre todo, no dándola como antes te supliqué, con nombres, fechas, ni lugares...

VI

Ahora voy a hablarte de doña Carmen, esa desgraciada mujer, pobre y enferma que habita también en el co-

redor de este tercer piso. Una historia de novela realmente interesante. Es bien digna de compasión.

Duerme mientras todos alborotan en la vecindad, se levanta a la una o las dos de la tarde, arregla su cuartito, sin hablar con nadie cuida de su hijo y en cuanto anochece, sale con éste de la mano, envuelta en un manto verdoso para ir a implorar la caridad por las calles céntricas de Madrid, volviendo a recogerse cuando empieza a amanecer.

Causa verdadera pena verla marchar en las crudas noches de invierno, sin abrigo y mal calzada para recorrer el trayecto de aquí hasta la calle de Alcalá y permanecer allí una porción de horas, azotado su cuerpo enfermo y débil por el viento, la lluvia o la nieve y sus pies medio desnudos pisando barro y recibiendo humedad. Hoy está en la cama y por eso fui a buscarte; es posible que asistiéramos al último acto de un drama horrible.

Esta mañana, compadecido de esa infeliz, busqué al médico de la Casa de Socorro, que después de visitarla, me dijo que no había salvación, que moriría hoy. Salió el médico, quedó sola con su hijo y conmigo y oí su historia cuando se la contaba a gritos al pequeño, como si así quisiera que sus palabras llegasen a aquel cerebro infantil y se gravasen en él de una manera indeleble.

Después he ido a buscarte y ya no queda más que esperar el desenlace. Luego entraremos en su habitación.

Figúrate que el padre de Carmen era administrador de un conde, tenía buen sueldo y quiso educar a su hija como una señorita; pero cuando ésta tenía catorce años, sorprendió la muerte a su padre y ella quedó sola en el mundo, sin más amparo que una anciana prima de su difunta madre.

Los señores a quienes con honradez intachable había servido don Tomás durante veinte años, señalaron a Carmen una pensión de quince duros mensuales, que su tía o ella iban a cobrar y percibían puntualmente.

Pasó tiempo, la niña se convirtió en mujer y en mujer hermosa, capaz de despertar los apetitos del «amo», un primero de mes que llegó a las oficinas en el momento en que Carmen se encontraba allí.

Desde aquel día ya no hubo tranquilidad; el Conde asediaba a la hija de su antiguo administrador, siendo inútil toda resistencia. Por un lado ofrecimientos espléndidos; por otro, amenazas terribles, y por único escudo contra tales asechanzas, diez y seis años, una inocencia completa y una virtud angelical.

Ocurrió lo inevitable. La pobre niña, ante la perspectiva de quedarse sin comer al quitarle la pensión, e impulsada por su tía, cuya avaricia supo despertar el Conde, cayó como tantas otras.

Tuvo una efímera vida de esplendor; satisfizo su orgullo, colmándola de alhajas y trenes para que al verla pasar, la gente admirada dijese: «Es la querida del Conde de la Palmera»; y ella creyó en todo aquello, vió amor de hombre en lo que no era más que pasión de macho y tuvo una alegría inmensa el día en que, sin acordarse de su verdadera situación, sintió palpar un ser en sus entrañas. ¡Infeliz! No sabía dónde tienen el corazón los hombres de esa ralea.

Con el anuncio de aquella maternidad, el de la Palmera sintió que se extinguían sus deseos por la hembra fecundizada y presintió una porción de disgustos y sinsabores anejos a la existencia de un hijo natural, al cual habría que educar, con el que habrían de partir la herencia los legítimos.

Por eso convenía abandonarlo antes de conocerlo; la querida debe ser estéril, y si no, se la despide para que no estorbe.

Estas reflexiones se hizo el Conde, obrando en consecuencia. Buscó un pretexto fútil y una noche se marchó de casa de Carmen para no volver.

Los recursos se gotaron al cabo de algún tiempo; las enfermedades y la miseria asomaron su escuálido semblante, para concluir por presentarse en toda su desnudez. Suprimiré en mi relato la serie de vicisitudes por que pasó la desdichada, hasta venir a parar en esta casa, a la situación y clase de vida que te he referido.

Hace algunas noches que se retiraba más temprano que de costumbre y la vi llegar penosamente, arrastrando los pies y próxima a caer desfallecida, aniquilada por la enfermedad y el hambre.

Después dejó de salir, la fiebre le abrasaba sujetándola en el lecho y las vecinas acudieron solícitas a prestarle su ayuda, siempre dispuestas a ir a la casa de préstamos, para dejar allí, por unos cuantos reales, los girones de la desamparada.

Primero los trastos, incluso la cama, después las ropas y por último los colchones, todo fué a parar a manos del usurero que daba la sexta parte del valor, mermando después algo la tía «Gergona» o cualquiera de las otras caritativas inquilinas que se sobraban el corretage.

Hoy no le quedan más que unos cuantos trapos sobre

un montón de paja, que constituyen el lecho de su agonia, y ya está sola, completamente sola con su hijo. No hay ningún andrajo utilizable y nadie siente interés. Por eso quiero que vayamos nosotros, para que alguien escuche su voz postrera, para que tenga cerca un ser humano a quien recomiende su hijo y la rabia no la haga maldecir de todo en la hora suprema de la muerte.

Y no creas por esto que en la casa no son cristianos; todos madrugan el domingo por oír misa y todos se confiesan. Hablan de Dios y desgarran el pellejo del prójimo. ¡Amaos como hermanos! ¡Qué ironía!...

VII

C.D.R.S. - A.E.P.
Barcelona

Cuando en el cuarto de Fernández comenzaba a penetrar la tibia luz del crepúsculo, aminoraron los ruidos en el patio y los corredores, y nosotros nos dirigimos a la habitación de Carmen.

En el centro, con un harapo por camisa, abrazada con el brazo izquierdo a una almohada, el derecho extendido, y el vientre contra el suelo, como si pidiera fresco a los ladrillos para los intestinos abrasados, se revolcaba, exhibiendo sus escuálidas desnudeces una mujer que fué hermosa. Retorcía su cuerpo en convulsiones horribles, la camisa perdía su posición natural, y cada vez dejaba más al descubierto los miembros macilentos, que nosotros contemplábamos con pena.

Acurrucado en un rincón, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos, el chiquillo miraba a su madre con vaguedad idiotésca, como si no acertase a comprender aquella escena.

La mujer rugía, con estertores profundos y a cada nuevo estremecimiento quedaba más débil, para repetirlo con menor fuerza al poco rato.

Por fin una de las veces intentó incorporarse sobre el brazo, levantó la cabeza, nos miró, volvió los ojos a su hijo y haciendo un supremo esfuerzo quiso arrastrarse hacia él con los brazos abiertos, como para indicarnos que lo amparásemos, y queriendo envolverlo en su último

y feroz abrazo de madre, que ahoga al estrechar, pero no pudo y cayó golpeándose el cráneo contra el suelo y produciendo un ruido seco y lúgubre que me hizo estremecer.

Fernández se aproximó a ella, puso la mano sobre el corazón y dijo dirigiéndose al pequeño:

—Tu madre ha muerto, ciérrale los ojos, dale un beso y sé hombre.

Entonces el chico sin llorar, con las pupilas fijas, la frente arrugada y el aspecto tranquilo, se levantó, llegó donde estaba el cadáver de su madre, cumplió lo que le ordenó mi amigo y después de besar la frente de aquella mujer que tantos sacrificios había hecho por él, puesta una rodilla en tierra se acercó al oído de la muerta y dijo:

—Adiós, madre... Lo que me has contado no se me olvidará, y cuando yo sea hombre, cuando yo tenga fuerza, buscaré a mi padre para matarlo.

Se irguió el muchacho, y me imaginé que había crecido; no sólo me parecía un varón en la plenitud de la vida, sino que me pareció un coloso.

Tan terrible juramento hecho en forma de confidencia al oído de un cadáver, se me figuró de tal sublimidad en su barbarie, que me inspiró respeto aquel embrión de parricida.

Lo sacamos de allí para evitarle el espectáculo de la muerte con su rigidez y frialdad, llevándole al cuarto de Fernández, donde le acostamos, bajando nosotros a la calle. Reunimos todos los cuartos que teníamos para poder comprar un poco de pan, unos chorizos y unas velas.

Hicimos otra vez la ascensión al cuarto piso, partimos nuestra cena con el huérfano y después de tapanlo convenientemente lo dejamos dormir para ir a velar el cadáver de la infortunada madre.

Al entrar de nuevo en aquella habitación desmantelada y ver a Carmen tendida en el suelo, no sé que estremecimiento extraño recorrió mi cuerpo, haciéndome sentir una impresión desagradable, como si aquel cuadro de horror hubiese sido una sorpresa para mí.

Me parecía que la muerta debía sentir el frío de las baldosas y por una sensiblería explicable en aquel caso traté de buscar algo que pudiera preservarla del contacto del pavimento. No hallé en toda la casa más que el mísero lecho que hasta la noche antes ocuparon la madre y el hijo y, desopojándome del gabán, lo tendí en el suelo para colocar encima el cuerpo inanimado de aquella mu-

jer a quien no había visto en mi vida. Después, Fernández fué a su cuarto, trajo no sé que cosa con que cubrirlo y dos botellas vacías en las que colocamos dos velas de esperma y poniendo otras dos pegadas al suelo. ¡Qué noche pasamos en el cuarto aquél...

Yo callaba pensando en las miserias de la vida y mi amigo filosofaba con gran amargura, aprovechando la ocasión para clamar contra la sociedad y los burgueses.

Hablaba de Proudhomme, recordaba a Schopenhauer y Rousseau le parecía un semidios. Yo le dejaba disertar, comprendiendo que en muchas cosas tenía razón y que viendo algo parecido a lo que habíamos presenciado, conociendo historias como la de Carmen y teniendo el estómago vacío, son disculpables todas las atrocidades y excelentes todas las teorías.

A las cinco de la mañana nos quedamos a oscuras, las velas que nuestra mísera caridad había hecho arder ante el cadáver, se habían consumido y la escasa luz de las estrellas no llegaba a romper la lóbreguez del cuarto interior en que nos encontrábamos. Sólo el frío se permitía visitarnos, dejándose sentir con gran intensidad.

Pasó una hora que nos pareció más larga que toda la noche y a las seis la impaciencia nos hizo salir al corredor. Tampoco allí se veía gran cosa. Una espesísima niebla impedía distinguir el muro del lado opuesto. A poco se empezaron a iluminar algunas ventanas; trabajadores que dejaban el lecho para envolverse en la blusa y marcharse a los talleres o las obras donde después de algunas horas de fatigas habrían de recoger un exiguo jornal conque atender a las necesidades del día siguiente, contando con las mermas ocasionadas por el tendero que fía a condición de vender los artículos más caros, peores y faltos de peso.

A las siete empezó a clarear. La luz del alba rompía con timidez la espesa niebla y un frío glacial penetraba hasta los huesos.

Toda la gente de la casa estaba ya en movimiento, las puertas rechinaban al girar sobre los goznes y por ellas aparecían mujeres a medio vestir, con ropas hechas pedazos por cuyas averturas asomaban trózos de carnes sucias, el pelo en desorden y los ojos abotargados de sueño. Alguna salía de su cuarto con el cesto al brazo para ir a comprar la bazofia del día y otras sacaban al corredor una silla y un espejo para hacerse la «toilette» a la vista de los demás vecinos.

Llegó un escribano como representante del juez de

guardia y penetró seguido del médico y del alguacil. Certificó el forense la denuncia y sin que les oyese una palabra de piedad, nos saludaron y se fueron los tres personajes, sin que aquello les afectase lo más mínimo.

Al poco rato vino el furgón de la beneficencia y dos hombres entraron en el patio preguntando «dónde vivía la muerta». Les indicaron la habitación de Carmen y se dirigieron a la escalera.

Yo presencié la entrada porque estaba apoyado en el balaustre del corredor y no obstante, cuando sentí crujir los peldaños bajo los zapatos de los que subían, una angustia atroz invadió mi espíritu como si aquel cuerpo que iban a buscar fuese mío y sintiese separarme de él.

Cuando vieron el lecho mortuorio, no experimentaron la menor extrañeza, como gente acostumbrada a espectáculos de igual índole. Se apoderaron del cadáver, sin ninguna clase de respetos, cogiéndolo a puñados, no como un semejante que dejó de existir, sino como pudieran coger una pila de ladrillos para trasladarla del carro a la obra. Aquellos eran materiales de su oficio.

Bajaron los hombres y nosotros tras ellos. Arrojaron el cuerpo dentro del furgón con otros que había ya allí y subiéndose al pescante arrearon las mulas para pararse un poco más allá, en la puerta de una taberna donde tomaron «la mañana», siguiendo luego su marcha con el carro negro al través de la niebla de aquel triste despertar de un día de febrero.

Al perderse de vista a lo lejos la masa oscura del fúnebre convoy, Fernández meneó su gran cabeza, se dibujó una sonrisa en sus labios y volviéndose a mí dijo:

—Si fuese cierto el más allá, qué triste entraría esa mujer en la nueva vida, dejándose aquí el único ser que quiso, desamparado y solo. Porque ella no pudo morir con la idea de que yo lo prohijase y de que el día que haya pan lo habrá para los dos; que lo educaré, le enseñaré lo poco que sé y tendré familia yo que ayer no tenía ninguna.

Un rico abandonó ese niño antes de que naciese y un miserable lo recogió cuando en realidad entra en la vida. Aquél no hizo nada por su propia sangre y yo recordaré al pequeño su juramento para que algún día sepa él buscar la sangre ingrata.

Al arrancar de aquí el carro que llevaba el cuerpo desnudo de Carmen, pensaba yo que quizá en ese mismo momento saldrían envueltas en ricas pieles una porción

de damas elegantes que tomarían el coche en el portal del palacio del Conde de la Palmera, donde después de bailar toda la noche, habrían cenado suculentemente sin acordarse de que hay por el mundo desdichas como la que hemos presenciado y seres que no comen.

Después de decir esto Fernández, callamos y echamos a andar. Yo triste y pensativo... Mi amigo tarareando una canción...

VIII

Seguimos andando. Fernández me dijo:

—Te he prometido contarte tres historias novelescas. Falta la mía. Voy a referirte cosas que de mí ignoras.

El Ogro le llamaban cuantos le conocían. Casi olvidado su nombre, había sido substituído por el de la leyenda escandinava, aunque no con una gran propiedad pues que éste, en lugar de alimentarse con carne humana, se desvivía por el bienestar de sus semejantes... No olvides que te estoy hablando de mí.

El Ogro era, el director de la fábrica. Poco importa tampoco la clase de fábrica ni el lugar de España donde estaba enclavada para que te interese o no la historia. El Ogro terminó la carrera siendo muy joven y marchó a Bélgica y a Alemania para perfeccionar y ampliar sus conocimientos regresando a España al cabo de algunos años, convertido en ingeniero notable—no me alabo, te advierto—y hábil obrero, pues conocía las máquinas a la perfección, pudiendo sustituir a cualquier trabajador en todo momento, fuese cual fuese su misión dentro de los talleres.

Mientras permanecía en la fábrica, estaba contento, risueño y alegre. Parecía que toda su vida se concentraba en los volantes, motores y correas de transmisión, como si su sistema nervioso, sus venas, su cerebro y su propio corazón, fueran otras tantas piezas de aquellos engranajes.

Jamás persona alguna consiguió que el ingeniero frecuentase el Casino, ni las reuniones. Siempre encerrado

en su despacho, sólo los libros le divertían, sirviéndole de descanso el estudio.

Sofaba con la posibilidad de la perfecta armonía entre el obrero y el patrono; creía posible el implantamiento del socialismo por la evolución y aspiraba a que llegase el día en que cada trabajador tuviese su parte en la fábrica, no siendo el amo más que un mayor partícipe en las ganancias, como compensación al adelanto hecho para adquirir los útiles de trabajo.

Cuando hablaba de esto con don Felipe, el propietario de la fábrica, éste le llamaba iluso y se reía de lo que él llamaba locuras.

Don Felipe era viudo y tenía una hija que constituía su único amor. Luisilla era la alegría de su padre, el bien máspreciado de aquel señor para quien la vida no era otra cosa que un guarismo.

Muchas veces Luisa hablando con sus amigas acerca de los hombres, las asombró con sus ideas estravagantes, asegurando que no tendría en su vida más que un novio y que éste habría de ser tal y como ella se lo había imaginado.

Cuantas veces trataba de esta cuestión, Luisa señalaba al Ogro como la suprema aspiración de una mujer. El la había enseñado a pensar, con sus palabras y con los libros que le hizo leer fué moldeando su espíritu poco a poco, haciendo de ella una muchacha distinta de las demás; una hembra capaz de sentir y tener ideas, una señorita con actitud para comprender arduos problemas y dispuesta a ver con serenidad las cosas del mundo.

Insensiblemente Luisa pasó con respecto al ingeniero, de la admiración al culto, y de la amistad al amor.

Por su parte el Ogro comprendía que aquella era la felicidad, que la tenía al alcance de la mano y que sólo con manifestar su deseo, aquella alma formada a imagen y semejanza de la suya volaría a su encuentro, pero le aterraba la idea de perturbar la tranquilidad de don Felipe, que seguramente no había de acceder a su demanda, hecha en la forma que había de hacerla, no abjurando de sus principios, ni abdicando de sus convicciones.

Un día, sin saber como, de manera ajena a su voluntad, reveló a Luisa su secreto y ella sin hipocresías ridículas, ni gazmoñerías inútiles, le abrió su corazón, diciéndole que le amaba y que sería suya.

Dado el primer paso, no se podía retroceder y el ingeniero llegó a pedírsela al padre, quien después de mu-

chas dificultades y no poca resistencia, autorizó el matrimonio, con la sola condición de que no había de separarse de su hija.

Verificada la boda, don Felipe entregó a su yerno la absoluta dirección de la fábrica, dejándole todas las iniciativas y sin mezclarse para nada en los asuntos mercantiles, para los que decía estaba ya viejo y cansado.

Paulatinamente, pero con la firmeza que le caracterizaba, fué implantando el ingeniero las reformas tan soñadas por él; dió a los obreros participación en las ganancias, aumentó los jornales, construyó casas higiénicas y cómodas, reglamentó el trabajo de las mujeres y niños, montó una escuela, y por cuenta de la empresa facilitó médico, botica y cuanto consideró necesario para el bienestar de los trabajadores, asegurándoles el pan de la vejez por medio de un montepío.

Aunque esto no fué obra de un día, don Felipe no se dió exacta cuenta de lo ocurrido, hasta pasado algún tiempo, teniendo entonces una seria explicación con su yerno, que sostuvo la bondad de sus teorías y se opuso con firmeza a que se modificase nada de lo hecho.

Don Felipe, como buen mercader, no vió en todo aquello sino que los ingresos disminuían y le asaltaron temores de que el Ogro llegase a comprometer la fortuna de su hija. Trató de convencer a Luisa, pero la encontró tan identificada con su marido, tan de acuerdo con él, que desistió de su empeño, convencido de que estaba perturbada por las teorías de su esposo a quien quería más y más a medida que pasaba el tiempo.

El propietario volvió a ser el de siempre, despertaron en él los instintos del amo, con sus avaricias y sordideces y dió en pensar el modo de salir de aquel atranco, haciendo que sus hijos abandonasen la fábrica para que ésta volviese a su primitiva forma y estado.

Fracasó en esta tentativa y sus cavilaciones le llevaron hasta buscar en la ley el amparo de unos intereses que creía comprometidos. Consultó a un abogado que le inició en lo que debía hacer y un día el Ogro se vió sorprendido en su despacho por la visita del juez que le exigió la presentación de libros, visita a todas las dependencias y demás requisitos necesarios a una información judicial, después de la cual y de haber formado el oportuno expediente, el tribunal acordó declararle pródigo, nombrando tutor a don Felipe.

Y pasó tiempo sin que los obreros defendiesen a su redentor; la justicia ciega, cubrió con su manto la ini-

quidad y el amo fué poco a poco recobrando lo perdido al ir mermando a los trabajadores las concesiones que el Ogro les hiciera.

Pero llegó un día, en que los jornaleros se dieron cuenta de que volvían a ser siervos, que la ganancia íntegra iba a manos del propietario, que toda ventaja, toda idea de redención había desaparecido, y entonces clamaron por el defensor, llamaron a voces al desterrado, pero voces y clamores cayeron en el vacío, hasta que cansados de vejaciones, fatigados por la opresión, se revelaron, declarándose en huelga. Tras los días pacíficos, llegaron los de tumulto, intervino la guardia civil, hubo muertos y heridos, las mujeres siempre más feroces que los hombres, prendieron fuego a la fábrica y cuando renació la tranquilidad, sobre el solar en que se asentó un magnífico centro de producción, sólo había un montón de escombros; en el barrio obrero que creó el ingeniero, muchos niños vestían de negro y en todas las casas había asomado la escasez, precursora del hambre y de la miseria...

Don Felipe lloraba tardíamente sus errores... Luisa, la criatura angelical, la compañera inseparable del Ogro, había muerto...

Desde entonces vivo con la inconsciencia de los enagenados... Para mí, todo lo pasado ha sido un sueño; y en mi fantasía, veo crecer y crecer los talleres, aumentar el número de las chimeneas, multiplicarse las edificaciones, y aquel pueblo creado por mí, convertirse en tierra de promisión donde los hombres son buenos...— no olvides que sigo soñando— todos hermanos, sin pasiones, sin envidias, sin rencores... República de amor y de cariño en la que ni Platón pudo pensar... En mi delirio me imagino que aquella organización se va adueñando del mundo, y la tierra, la madre pródiga de los humanos, cuida con solicitud, corresponde con sus dones nutriéndolos a todos; y los hombres tranquilos, sin armas, sin jueces, sin ejércitos, sin nada de lo que supone fuerza ni opresión... ¡Viven dichosos!...

LA NOVELA ROJA

VAN PUBLICADOS:

- I. — *EL APRENDIZ*
ANGEL SAMBLANCAT.
- II. — *LOS HEROES DEL SIGLO XX*
MATEO SANTOS.
- III. — *AMOR MIO, VEN TEMPRANO*
FELIPE ALAIZ
- IV. — *LA COLEGIATA*
REGINA LAMO.
- V. — *EL HOTEL DEL HAMBRE*
M. DE CASTRO TIEDRA.

EL PRÓXIMO SE TITULARÁ:

LOS MALOS

por ABRAHAM POLANCO

100
Núm. 6



Aparecerá el
30 Junio 1926



LOS MALOS

por *Abraham Polanco*

Revisado por



la censura